

EDUCACIÓN Y CRISIS DEL HOMBRE

Por Ernesto Sábato

El mundo está enfermo de incredulidad y correlativamente de feroces dogmatismos. Y la educación no puede ser ajena a esos padecimientos, pues, en desdichada dialéctica es su raíz y su consecuencia porque no sólo se manifiesta en las universidades sino también en la calle, en las fábricas, en los estadios y dentro de cada hogar, a través de una televisión que fascina y trastorna el alma de los niños. Así, la educación no puede ser ajena al drama total de esta civilización, no puede no participar de las fallas esenciales que agitan el universo espiritual de nuestro tiempo y amenazan con su derrumbe.

Hasta en los países más civilizados, el secuestro y el crimen político se han convertido en instrumentos que reemplazan al diálogo y a la justicia. Fanáticos y demagogos que han detestado o detentan al poder obligan a maestros y profesores a sustituir la búsqueda de la verdad por la inyección de sus ideologías. Y, como si eso fuera poco, el advenimiento de la televisión ofrece y perfecciona medios para el asalto, el secuestro y la tortura.

Evitemos, pues, el error de reformar la educación como si se tratase de un problema meramente técnico, y no el resultado de la concepción del hombre que le sirve de fundamento, de esos presupuestos que la sociedad mantiene acerca de su realidad y su destino y que, de una manera u otra, definen una manera de vivir y de morir, una actitud ante la existencia entera. De este modo, la educación no se lleva a cabo en abstracto, ni es válida para cualquier época o civilización, sino que vale en concreto, se hace con vistas a un proyecto de ser humano y de comunidad. Esparta no imponía la misma educación que Atenas y un Estado totalitario la misma que una democracia. También nuestra nación incipiente formuló sus postulados: pensadores como Alberdi y Sarmiento los establecieron de modo explícito, con fundamentos espirituales y políticos; no son ellos los culpables del sectarismo que en ocasiones devastó nuestra enseñanza. A pesar de defectos que en rigor provenían de los sistemas que se tomaron como modelos, la educación en la Argentina llegó a ser algo excepcional, tal vez porque no sólo fue concebida sino llevaba a cabo por una generación de intelectuales que no hemos vuelto a tener, al menos con su fuerza política.

Hacia 1830 nuestra juventud ilustrada no sólo oía sino que cuidadosamente escuchaba el clamor que desde Francia se levantaba en favor de un humanismo que desembocaría en la revolución del 48, “uno de los acontecimientos más extraordinarios que han conmovido al mundo”, como Sarmiento escribía desde Chile. Mientras que desde Montevideo, Alberdi y otros jóvenes exiliados seguían con fervor el movimiento contra las tiranías, por la justicia y la dignidad del hombre.

El romanticismo fue una reacción del corazón contra esa razón pura que caracterizaba los Tiempos Modernos. Y aquel proceso revolucionario era romántico por excelencia. Pero, tal vez por esa turbia condición de la historia, venía aliado a ese endiosamiento de la ciencia que constituía la raíz de esa modernidad. ¿Cómo extrañarnos, pues, si el mismo escritor que encabezaba los capítulos de Facundo con citas de Lord Byron y Lamartine, terminara pidiendo a gritos ferrocarriles y telégrafos? Y el Alberdi que en Suiza derramaba (literalmente) lágrimas contemplando el paisaje de Julie, escribía en la misma carta en que contaba esos extremos, que nuestro deber era hacer y no fantasear, liberando al país mediante la ciencia, la industria y la inmigración. Por el instinto de su genio, aquellos prohombres superaron el internacionalismo abstracto de la razón pura para construir una patria concreta, adaptándose a las ásperas realidades de su época y de aquellos desiertos. Gobernar era poblar y construir. Pocas veces en la historia se habrá visto con mayor patetismo una gigantesca empresa realizada por gobernantes con alma de poeta; seres para los cuales el más alto ideal era el espíritu, pero que lo deponían o postergaban o adecuaban para arremangarse y ensuciarse las manos en la durísima tarea de forjar una nación. Es fácil sonreír ahora ante el Sarmiento que vociferaba en su periódico “¡Alambren, bárbaros!”, o ante el positivismo de Alberdi o ante el candor con que uno y otro escribían Progreso con mayúscula; pero lo cierto es que sin ellos nuestro país no habría alcanzado la estatura que logró en el momento de su máximo esplendor.

No estoy queriendo decir que hoy debemos repetir un positivismo superado por la historia del pensamiento. Estoy queriendo decir que sin ellos no estaríamos hoy en condiciones de enfrentar el drama de nuestro tiempo, que no es sólo social y económico sino espiritual. Uno de los instrumentos capitales de aquella ingente empresa fue la educación popular y la creación de las escuelas normales, que fueron indispensables para la homogeneización de un país inmigratorio. Sobre aquellos pilares pudieron fundarse más tarde universidades como las de La Plata, genialmente concebida por otro hombre de esos que añoramos con melancolía, y centros de investigación como aquel Instituto de Filología que en la década del 40 realizaba trabajos ilustres y traducía la obra de Saussure, cuando aun faltaba un cuarto de siglo para que el estructuralismo de París conmoviera a los *snobs*.

No, no todo fue candoroso positivismo en la descomunal labor de Sarmiento y la generación del 80, pues por

ellos llegamos a ser aquel Faro de América que cantó Rubén Darío; liderazgo intelectual que, aunque maltrecho, todavía muestra sus atributos, del mismo modo que un caballero empobrecido revela rasgos de su calidad a través de su raída vestimenta. No defiendo los graves errores políticos de Sarmiento; señalo que los que sonríen irónicamente y hasta los que abiertamente se ríen no son pobre gente de pueblo sino intelectuales formados en las escuelas inventadas por aquel loco, en los colegios secundarios y en las universidades que existen gracias a él y a sus herederos; que no sólo llenaron al país de gorriones e italianos —como dijo uno de sus críticos— sino de sabios y artistas que, durante los tiempos aciagos que acabamos de superar fueron los únicos que nos honraron en el mundo civilizado. Ciertamente que su sincretismo ofrecía flancos defectuosos, muchos de los cuales han perdurado hasta nuestros días; cierto que en aquellas escuelas normales que, en opinión de Alejandro Korn, sirvieron para emanciparnos del "chato dogmatismo de sacristía", promovieron frecuentemente un chato dogmatismo positivista, porque no sólo se practicaban las formas comitantes de la doctrina sino las más gruesas metafísicas del naturalismo científico. Pero no seríamos enteramente justos si no recordáramos que el pivote contra esas precarias manifestaciones del espíritu se hizo desde las mismas universidades que aquella generación había levantado, permitiendo así los cambios en los propios reductos de la filosofía enemiga. Porque ésta es la mayor virtud de la libertad intelectual. Sólo en un tipo de sociedad puede evitarse esta paradójica dinámica: en ese siniestro invento de nuestro tiempo, en esa sistemática organización de los Estados totalitarios, donde cada rincón físico y espiritual es inquirido, vigilado y policialmente controlado. Ni Fourier, ni Saint-Simon, ni Kropotkin podrían haber surgido en los claustros totalitarios; y, lo que es más llamativo, ni el propio Karl Marx. Felizmente los próceres de nuestra historia creían en la libertad. Y la practicaban,

No es, pues, descabellado ni utópico sostener que aún dentro de esta misma civilización tecnocrática puedan irse forjando los instrumentos que permitan superarla. Desde luego, en los países con democracia, y siempre que algunos arquetipos de esta civilización no desencadenen la hecatombe nuclear. La nueva escuela debería ser el microcosmos en que el niño se prepare para restaurar el equilibrio entre la técnica y el hombre deshumanizado por su uso excesivo; y para una auténtica comunidad, la que supere esa antítesis en que nos debatimos: o un individualismo que ignore a la sociedad o un colectivismo masivo que ignore al hombre. De este postulado básico surgen una serie de principios que deberían regir la nueva educación, principios que clarividentes pensadores vienen proponiendo desde el siglo pasado y sobre todo desde que la alienación del hombre masificado se ha hecho evidente y pavorosa. Males, estos últimos, que los países a medio desarrollo pueden evitar, aprovechar de la experiencia de los errores cometidos, quizás inevitablemente por las naciones más tecnificadas.

Así, por un lado, esta escuela debe favorecer el equilibrio entre la iniciativa individual y el trabajo en equipo, que condene ese feroz individualismo que parece ser la preparación para el sombrío *Leviatán* de Hobbes. El trabajo comunitario favorece el desarrollo de la persona por sobre los instintos egoístas, despliega el esencial principio del diálogo, permite la confrontación de hipótesis y teorías, promueve la solidaridad para el bien común. El ideal de "persona", así enseñado y practicado en la escuela, supone el rechazo de toda maquinaria social organizada para esclavos o ciberántropos; y no sólo es compatible con el desarrollo técnico, sino que por eso mismo es más necesaria, si es que hemos de evitar la total deshumanización del hombre.

Así como hay egoísmo individual, existe un egoísmo de los pueblos, que con frecuencia se confunde con el patriotismo. Y así como el individuo puede acceder a la suprema categoría de persona venciendo sus insaciables apetitos, los países pueden alcanzar esa categoría de nación que implica y respeta la categoría de humanidad; no de una humanidad en abstracto, como postulaba cierto género de iluminismo, sino la constitución por la coexistencia de naciones de diferente color, credo y condición; no la abstracta identidad de entes matemáticos sino su integración, del mismo modo que los diferentes instrumentos forman una orquesta no a pesar de sus diferencias sino precisamente por ellas. Y es en la escuela donde debe equiparse el niño para esa ardua pero no imposible doctrina, enseñando a ver no sólo nuestras virtudes sino también nuestros defectos, no únicamente advirtiendo las precariedades de los otros pueblos sino también sus grandezas. Por estos mismos motivos deben enseñarse a valorar y a preservar las diversidades de nuestro país, las culturas guaraní y quechua y hasta los humildísimos restos de la gran Araucanía. La escuela y hasta la universidad deben atender las necesidades espirituales de cada una de las regiones, pues el hombre que se debe rescatar de esta deshumanización que en nuestro tiempo ha provocado la ciencia generalizadora, es el hombre concreto, de carne y hueso, que no vive ni puede vivir en un universo matemático sino en un rincón del mundo con sus atributos, su cielo, sus vientos, sus canciones, sus costumbres; el rincón en que ha nacido, amado y sufrido, en que se han amasado sus ilusiones y destinos.

En fin, habrá que reintegrar la ciencia y la sabiduría, lo que implica una humanización de la técnica, una valoración ética de sus adquisiciones y una condena de la profanación de la naturaleza, que ahora culmine en la sombría posibilidad de fabricar monstruos o genios mediante la ingeniería genética. La ciencia es amoral por esencia, el teorema de Pitágoras no es ni bueno ni perverso; por eso mismo debe haber, por encima de la enseñanza científica, un sistema de valores que preserven al hombre.

Habría que encontrar, en suma, la síntesis de las tres clases de saber que señaló Max Scheler: ni ese puro saber de salvación que en la India permite la muerte por hambre de millones de niños al lado de santones que meditan; ni ese puro saber culto que en la China posibilitó la existencia de refinados mandarines entre inmensas masas de desheredados; ni ese saber puro de Occidente que nos han conducido ya a los más graves extremos de angustia y enajenación.

Esta es la síntesis de cultura que debería dar la escuela de nuestro tiempo. O el mundo se derrumbará en sangrientos y calcinados escombros.